

HACIA UNA APROXIMACIÓN CONCEPTUAL DEL ESTUDIO DE LA CULTURA DE LO POLÍTICO

Recibido: 16 diciembre 2019 * Aprobado: 28 febrero 2020

CAROLINA STEPHANIA MUÑOZ CANTO

El Colegio de Tlaxcala, A.C.

carolinamc@coltlax.edu.mx

Resumen

El artículo tiene el objetivo de avanzar una propuesta teórica para estudiar las disposiciones que se generan en el espacio social sobre lo político, como una vía de trascender el concepto de cultura política, que se ha centrado básicamente en el estudio de la democracia. Anclado en una perspectiva ideacional de la cultura y con fundamento analítico en las categorías de *mise en forme*, *mise en sens* y *mise en scène*; que se relacionan a partir de la dimensión simbólica, se propone que la cultura de lo político sea definida como el conjunto de los elementos que articulan significados y significantes, en los que se funda el sistema de representación colectivo que permite la puesta en marcha de un modo singular de institución societal; y que es aprehendido de formas diferenciadas por los miembros de la comunidad.

Palabras clave: regímenes políticos, simbólico, construcción social, cultura política.

Abstract

This article aims to propose a theoretical motion to study the dispositions generated in the social space referring to the political, as a way of transcending the concept of political culture, which has basically focused on the study of democracy. Anchored in an ideational perspective of culture, and with analytical basis in the categories of *mise en forme*, *mise en sens* and *mise en scène*; related between them by the symbolic dimension, it is proposed that the culture of the political can be defined as the set of elements that articulate meanings and signifiers, in which the system of collective representation allows the implementation of a singular mode of societal institution; that is aprehended in different ways by the members of the community.

Keywords: political regimen, symbolic, social construction, political culture.

Introducción

El estudio de la cultura política se precipitó con la publicación del paradigmático trabajo de Almond y Verba, *The Civic Culture*, donde los autores se abocaron a analizar el constructo en cinco países, entre ellos México (1963). A partir de ese trabajo, realizaron una tipología que se sustentaba en una ambiciosa propuesta teórica-metodológica. Desde la publicación del libro, se despertaron adherencias y críticas al concepto que abarca una dimensión psicológica de la comprensión de las personas sobre la vida en democracia. Los autores estudiaron:

... en los ciudadanos, las orientaciones específicamente políticas, posturas relativas al sistema político y sus diferentes elementos, así como su actitud frente a la participación en la esfera política. Las orientaciones para estos autores pueden ser de tres tipos: cognitiva, afectiva y evaluativa (Hernández y Coutiño, 2019, p. 32).

Si se retoma el citado trabajo, se constata que dentro de su reflexión hay una preocupación por la democracia, que era pensada como destino de los países. En el periodo posterior a la Gran Guerra se evidenció en su fragilidad, la posibilidad del surgimiento y articulación de otros regímenes, específicamente del totalitarismo. Bajo este entendido, el presente artículo busca reflexionar sobre una conceptualización ampliada de la cultura, ya no política, sino de lo político, como una propuesta que extiende la noción. Con tal fin, el texto se apoya en un trabajo reflexivo sobre el concepto de cultura y en el trabajo lefortiano sobre lo político, articulándolos a través del plano simbólico.

En la primera parte del documento se abordará la concepción de cultura. Enseguida se retomarán argumentos relacionados con lo político. En tercer lugar, se articula una propuesta conceptual y de estudio de la cultura de lo político; como un constructo que abarca, no solo la vida democrática, sino la vida política en general. Para terminar se avanzan una serie de reflexiones finales.

El concepto de cultura

La cultura es uno de esos términos que se utilizan tanto en el mundo social como en los espacios académicos, y cuya definición sigue siendo objeto de trabajo cotidiano de los especialistas. Se le asocia con los conocimientos, creencias, arte; y en general con todo lo que se adquiere y se construye al formar parte de una sociedad. Se trata de conocimiento socialmente compartido, que se finca en el espacio relacional y cuya asimilación genera que se vuelva parte de un grupo determinado. Todos los miembros de la colectividad viven en la cultura, no hay nadie desprovisto de ella; Enguix (2012) en una clarificadora fórmula afirma que esta es como el tiempo, todos querámoslo o no, estamos inmersos en él. Empero, no se asume de manera homogénea debido a dos factores: que se construye de forma diferenciada de acuerdo con la asimilación de experiencias que se lleva a cabo de manera subjetiva; y, que todos contamos con competencias culturales distintas que son aprendidas mediante la socialización. Así, esta no es homogénea, sabemos que lo “que cada uno de nosotros necesita saber para comportarse de modo aceptable en una sociedad puede ser distinto y no es fácilmente clasificable” (Goodenough citado en Enguix, 2012, p. 37). La cultura es entonces un entramado heterogéneo que se construye a partir de las adscripciones identitarias de las que formamos parte; y de la manera en la que vamos asimilando las experiencias. Empero, es vista de forma homogénea desde el exterior.

La cultura se caracteriza por ser aprendida e integrada (Llobera, 2009, p. 2021). No se trata de un elemento estático, sino que es pensada como proceso, práctica y acción. Además guarda un elemento situacional, pues se manifiesta en los espacios de interrelación con los otros, anclándose en situaciones concretas y facilitando las relaciones. Tanto la parte cognitiva como la concreta, quedan unidas en su construcción, enlazando prácticas y reglas.

Dentro de las múltiples visiones que existen sobre la cultura, en este artículo se apoya en la ideacional, ya que adelanta la dimensión simbólica, que luego podremos hacer dialogar con la conceptualización de “lo político”. Pero no nos adelantemos, de acuerdo con Keesing (1974, en Enguix 2012) se han desarrollado tres aproximaciones desde esta perspectiva: la cognitiva, la estructural y la ya mencionada dimensión simbólica. La primera considera dentro de la cultura, los conocimientos compartidos entre las personas, los marcos de interpretación de la realidad y las normas que fincan la organización de la sociedad.

¹ Taguenca (2019) subraya algunas de las principales críticas: Resulta problemático establecer un modelo causal entre la socialización y las actitudes políticas, hay una separación entre actitudes y comportamiento, donde no se considera el contexto, no había una intención de comprender la red conceptual que vincula al constructo con otros términos que permitan comprender el sistema político. A ello, habría que aumentarle que la tipología se dio a nivel nacional, sin considerar las problemáticas locales y de las subculturas.

La segunda, que se apoya en las ideas del estructuralista Claude Lévi-Strauss, busca comprender cómo se organiza la parte cultural en la mente del hombre. Por último, la simbólica trata de conjuntar las dos aproximaciones antes mencionadas, estudiando a la cultura como un sistema “de símbolos y significados compartidos” (Enguix, 2012, p. 25).

Ya que es importante en este trabajo, ahora se presenta la noción de simbólico. Si bien esta ha sido abordada por múltiples disciplinas, se retoma la visión de Sfez al respecto (1978). El mencionado autor, al estudiar la representación política en aparente crisis permanente, encontró una salida a modo de respuesta en la política simbólica, utilizándola como una vía de generar legitimación. Antes de exponer sus argumentos, es importante mencionar que para que se pueda generar el plano simbólico, previamente se debe haber accedido a los registros concreto e imaginario, que de algún modo lo fundan (Lacan, 1953). Lo simbólico, se construye de forma social y se comparte; a partir de una separación entre la palabra y la cosa, que debe mantener, coherencia intelectual y socio-política en el espacio en el que se manifiesta (Sfez, 1978).

La política simbólica se caracteriza por anidarse en múltiples centros, donde los operadores simbólicos reproducen y movilizan los símbolos, que son los que finalmente le van a dar la legitimidad al régimen. Estos, se apoyan en elementos concretos como banderas y monumentos; pero también en el plano mitológico, de una forma evidente a través de Dios como legitimador del rey en las monarquías medievales; y de forma mucho más sutil a partir de personajes referenciales como ídolos o héroes. A la manera de Veyne (1983), Sfez muestra este plano como generador de cohesión a partir de la creación de sentidos. Cada espacio social desplazará elementos simbólicos previos y se dotará de aquellos que tengan sentido a partir de construcciones colectivas. Es a partir de este posicionamiento, que se buscará hacer la propuesta de conceptualización de la cultura de lo político.

Conceptualización de lo político

Claude Lefort hizo una distinción entre la política y lo político. La política, es aquello de lo que se ocupa el científico social, circunscrito a las relaciones de poder. Lo político, tiene una connotación más amplia, incluye, todo lo que tiene que ver con la polis.

En este sentido, la idea de sociedad significa en el pensamiento lefortiano la inclusión de una dimensión política, que de facto no se circunscribe, a ella, sino que la sobre pasa. Lo político se presenta en lo que llama el modo de institucionalización de lo social. Para referirse a esto que es “un modo específico de diferenciación y de relación de las clases, de los grupos sociales y, al mismo tiempo, de los referenciales que ordenan la experiencia de la coexistencia” (Schevisbiski, 2014, p.128), emplea diversos términos, pero todos envían hacia la idea de una forma particular de disposición social. Lo político se convierte así en un concepto metasocial y metapolítico. Su comprensión permite distinguir una sociedad de otra, a través de la forma que ha elegido para constituirse. A saber, entender

la forma en la que se establecen los modos singulares de institución, por usar otra de sus formulaciones .

Las sociedades, no importando el tipo de régimen en el que se funden, se presentan como una totalidad articulada, pero el principio rector de dicha articulación, se encuentra en el modo de institucionalización que eligen. Lefort (1988), que se ocupó de tratar de entender diversos regímenes, se dio cuenta que además de las diferencias entre las formas de gobierno específicas, es central explicar la manera en la que las sociedades establecen su dinámica particular; y es de hecho esto, lo que para él resulta más importante de comprender.

Lo político siendo una dimensión metasocial, se vuelve constitutivo de la conformación del espacio social. Así, la adopción de un régimen particular incide en las formas de configuración de lo social, generando cambios en las conductas, los referentes, los ritos y la configuración del espacio, solo por mencionar algunos de los elementos que se hacen presentes en el cotidiano. Esto no se genera en una sola dirección, lejos de ello, las sociedades se estructuran en sus interacciones, de forma que en ellas se pueden dar cuestionamientos en los fundamentos de los regímenes -que suceden bajo cierta tensión de cara a los intereses contrapuestos de diversos grupos-, lo que significa que terminan incidiendo en lo político.

Dentro de un régimen en particular, los elementos que lo configuran se encuentran articulados y se van difundiendo gracias a las interacciones entre los miembros. Así, alguien que haya crecido en una sociedad monárquica no entenderá el sentido del voto. Los referentes compartidos hacen que los miembros de los grupos tengan espacios de comprensión de lo que ocurre; es decir, cuentan con un sistema de representación colectivo, que Lefort llama simbólico. Las sociedades construyen una matriz por medio de la que comprenden el espacio social y que se ve determinada por lo político. Así, el trabajo del científico social es tratar de elucidar las matrices y comprender los dispositivos simbólicos que articulan el mundo social.

Para poder hacerlo, Lefort se apoya en la idea de mise en forme (puesta en forma), cuyo sentido es justamente el de la manera en que la sociedad elige para instaurarse. Lefort se ocupa de tratar de aprehender aquello que configura las relaciones sociales y gesta la dinámica social. La mise en forme, se apoya de la mise en sens (generación del sentido), que es el sentido que la sociedad construye; es el momento en el que este orden específico adquiere una interpretación que le da significado; y de hecho, se hace visible

2 Este debate que estuvo en el centro de las ciencias sociales en el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial, parece renovarse a la luz de lo que ocurre con los procesos democráticos en la actualidad, que se hacen evidentes a través de los líderes electos en distintas latitudes: Trump en Estados Unidos, Bolsonaro en Brasil, solo por nombrar dos ejemplos; así como por la fuerza que han ganado algunas posturas radicales que si bien no han tenido acceso al poder, han generado que discursos antes minoritarios se consoliden en el espacio social; específicamente se hace alusión a la extrema derecha en Europa.

a través una serie de prácticas concretas, articulado con el plano simbólico. En el pensamiento lefortiano, quien construye lo hace desde la posición de agente, lo que lo lleva a introducir el tercer elemento comprensivo; la *mise en scène* (puesta en escena); a través de ella se da la escenificación de la sociedad en el espacio compartido y se visibiliza para ella misma, generando un registro real tanto de la *mise en forme*, como de la *mise en sens*. Dicho de otro modo, para Lefort, las sociedades, a través del régimen que las configura, generan una <<naturaleza>> que les es particular y que permea la construcción de las relaciones sociales, le da significado y la justifica, creando una serie de prácticas que la fortalece; y todo esto ocurre en una escenificación en concreto, que es un lugar de poder (Lefort, 1978). Este espacio es central para la configuración de la sociedad misma, pues sin él no sería y no tendría posibilidad para ella misma.

Es en la puesta en escena donde la sociedad instauro la unidad que la caracteriza y da vida a los principios que la diferencian; para el autor, esto abarca dimensiones económicas, jurídicas, políticas, sociales y culturales. Pues todo lo que ocurre en la sociedad genera articulaciones con la forma de gobierno, haciendo que se desprendan de ello principios del orden social. Quizá, la comparación de lo que ocurría en las sociedades totalitarias y en las democracias -que era una de las preocupaciones de su tiempo en las ciencias sociales, y de este autor en particular- llevó a Lefort a tener evidencia empírica respecto a las diferencias del orden general de vida de quienes de ellas participaban.

Como se puede apreciar, el mencionado autor trasciende la idea de la delimitación formal del estudio de la política, y aunque se ancla en la filosofía política, presupone que quien se interese en ella debe tratar de entender también el orden social (Colonna, 2011, p. 412-413); y más allá, la experiencia que genera, pues todo orden político incide en las ideas, creencias y representaciones que se forman, por el solo hecho de pertenecer a este.

Ahora bien, ¿qué caracteriza el lugar de poder en la vida democrática? Primeramente, Lefort señala que se trata de un régimen donde el lugar de poder está vacío, lo que quiere decir que ningún elemento societal es consustancial al poder -nadie lo encarna-; este simplemente se ocupa durante un periodo determinado de tiempo. Así, en la democracia el poder no pertenece a nadie; se ejerce, pero cada determinado tiempo quien lo detenta lo pone en juego, a través de una serie de reglas que se definen previamente por los actores. Para Lefort, el hecho de que el poder sea un lugar vacío, fue la base de la división en diversas esferas del espacio social; donde cada una de ellas guarda una relación de interdependencia con las otras, pero donde las autoridades no se fusionan.

3 Esto cobra todo su sentido cuando recordamos que la modernidad se construyó dando la espalda a las referencias que los dogmas de la religión creara, cuyo impacto fue significativo en la vida del hombre.

La paradoja de la democracia se funda en que el pueblo es quien elige a sus representantes, que ocupan temporalmente un lugar de poder que consustancialmente está vacío. Se trata de una paradoja, pues el pueblo en la democracia es una categoría difusa y heterogénea, no representa “una unidad real, sino del orden simbólico” (Colonne, 2011, p. 408) y está en constante reconfiguración. La heterogeneidad en la constitución se mantiene como un elemento que genera tensiones haciendo que el conflicto se vuelva central en la vida democrática, de ahí su aparente fragilidad.

La democracia y el totalitarismo se elucidan el uno al otro, guardan una relación en la que el segundo se convierte en un polo extremo del primero (Lefort, 1981). Los totalitarismos “surgen de la democracia, la prolongan de una manera específica, -fantástica- más de lo que la derrocan” (Colonna: 2011, 407, trad. de la autora) . De ahí la importancia de estudiarlos y tratar de comprender las relaciones entre ellos, sobre todo a la luz del escenario político actual. Por ello, la pertinencia de proponer un concepto que permita el estudio de la cultura de lo político de forma amplia, sin acotarlo necesariamente a la democracia.

La articulación entre democracia y totalitarismo se genera cuando se presentan situaciones de crisis, el lugar de poder deja de ser percibido como simbólicamente vacío y se entiende como fácticamente desocupado. Ante aquello, se actualiza la necesidad de constituir un pueblo-uno , pues este brinda puntos que anclan con la certidumbre que se ha perdido. En este caso, la solución parece ser detener el conflicto, y esto se hace a través de la reconfiguración del pueblo que deja de pensarse en tensión. Así, se concibe como una entidad homogénea, de ahí que un líder pueda representar su plena voluntad. Líder y pueblo se fundan en una entidad, -cuerpo y cabeza, dice el autor-, lo que prácticamente significa que no hay separación entre la sociedad y el lugar de poder, haciendo que el espacio privado se desdibuje en detrimento de las libertades políticas; y que la posición del líder se fortalezca y llegue incluso a encarnar el poder (Lefort, 1981).

Más allá de las situaciones de crisis, pareciera que la inestabilidad que se genera en el propio funcionamiento de la democracia genera una atracción hacia la unidad. De ahí la necesidad de aceptar, validar e impulsar el conflicto en el tipo de sociedades que la han elegido. Esto significa que la democracia requiere mantener la tensión, el conflicto. Así, los conflictos no solo son deseables, sino que le confieren la inestabilidad que la caracteriza. La tensión se hace visible en el espacio público a través de las diferencias de opinión que articulan los diferentes ciudadanos, que iguales en dignidad expresan sus diferencias. Esta práctica que Tocqueville describió como uno de los fundamentos de este tipo de régimen, para Lefort es el elemento central de su configuración; pues la hace anclarse en la indeterminación.

4 “Lefort montre qu’il “surgit” de la démocratie, qu’il prolongue [Lefort, 1994, p. 170] d’une manière bien spécifique –“fantastique” [ibídem]- davantage qu’il ne la renverse” (Colonna, 2011: 407)

El pueblo-uno es un concepto que sirve a Lefort para anclar con una representación del espacio social. La representación es la manera en la que se puede acceder al espacio de lo político. (1981)

Las aportaciones de Claude Lefort para el estudio de la cultura de lo político se centran, primeramente, en hacer ver que la política puede ser entendida desde una dimensión amplia a través de lo político, donde se consideren los aspectos constitutivos del régimen que le darán forma a los espacios de relación social. En segundo lugar, se invita a tomar en cuenta que las sociedades se construyen a través de una puesta en forma, la generación del sentido y la puesta en escena, donde el plano simbólico se hace presente. Finalmente, el espacio analítico de lo político podría centrarse el lugar de poder, el conflicto, la construcción del pueblo y las relaciones en el espacio público. Estas dimensiones podrían observarse dicotómicamente; el lugar del poder puede estar vacío o ser consustancial al gobernante; el conflicto verse como algo deseable o a evitar; la categoría de pueblo pensarse homogénea y fusionada con el líder o bien heterogénea; las relaciones en el espacio público se pueden pensar como determinadas o indeterminadas.

Por una definición y elementos para estudiar la cultura de lo político

A partir de los argumentos expuestos, se define la cultura de lo político como el conjunto de los elementos que articulan significados y significantes (la palabra y la cosa), en los que se funda el sistema de representación colectivo que permite la puesta en marcha de un modo singular de institución societal; que son aprehendidos de formas diferenciadas por los miembros de la comunidad.

Una propuesta de tal envergadura permite el estudio de las tensiones que se dan entre la democracia y el totalitarismo. De ahí que considerar el análisis del lugar vacío en el que se funda el poder, la deseabilidad o no del conflicto, la forma en la que el pueblo se construye y cómo son las relaciones en el espacio público, resulte de interés. De cara a ello, la propuesta se enfrenta a la necesidad de buscar nuevas formas de abordar la cultura de lo político. A este respecto se señala que, la cultura política ha sido estudiada básicamente a partir de dos orientaciones; la demoscópica que se apoya en encuestas; y la comprensiva, venida de la sociología y con un acercamiento de tipo cualitativo.

Se considera que las anteriores resultan insuficientes, por lo que se propone desentrañar la matriz que la cultura de lo político constituye, a partir de la comprensión de la *mise en forme*, la *mise en sens* y la *mise en scène*. La *mise en forme* a partir de un análisis de corte estructural para tratar de desentrañar lo que le da forma a la sociedad, haciendo una descripción de las estructuras y sus cambios, anclados en una visión de la sociología histórica, que permita comprenderlas como procesos en análisis durante periodos específicos de tiempo, así como de la relación de los gobernantes con el lugar de poder. La *mise en sens* a partir de técnicas de corte comprensivo apoyadas en los elementos simbólicos que estructuran el espacio social, tratando de conocer cómo la gente entiende esta esfera de manera amplia; asimismo resulta de interés conocer la forma en la que se concibe el conflicto y las maneras de generación de la identidad colectiva llamada pueblo. Y la *mise en scène* a partir del reconocimiento de prácticas concretas que se despliegan en el

espacio social y que dan forma a las relaciones, de la construcción y reproducción de ritos y mitos. A partir de ello, se pueden generar nuevas maneras para abordar los aspectos que dan forma a la construcción de la cultura en torno al ámbito político, entendido de manera amplia; escapando a la trampa en la que algunos autores han caído, al levantar una dura crítica a los trabajos de Almond y Verba, pero reproduciendo al final las maneras de estudiar la cultura política que estos proponen.

Por último, se precisa hacer notar que la cultura de lo político no puede estudiarse como si toda la población respondiera de la misma manera; como se mencionó en el apartado que compete a la cultura, esta es una construcción que tiene matices diferenciados, de ahí la importancia de hacer estudios de las diversas subculturas, que permitan hacer visible el mosaico amplio del que se compone una unidad territorial a este respecto, pero en la búsqueda de los elementos que la cohesionen.

Reflexiones finales

La idea de entender las disposiciones psico-socio-antropológicas que se generan al interior de una colectividad respecto al ámbito político, ha sido una fuente de constante reflexión desde las diferentes disciplinas sociales. Sin duda, respecto a la democracia, fue Tocqueville en <<La democracia en América>>, quien dejara plantada una semilla, que tiempo después habría de florecer en los trabajos de la cultura política. Si bien, con el paso del tiempo el estudio de esta se ha afinado a partir de los debates que se han gestado en los espacios académicos, introduciendo una serie de matices; se considera que es momento de expandir los límites conceptuales que hasta ahora se tienen.

La cultura política se ha acotado al estudio de la democracia, pero tal como se trata de mostrar en el texto, democracias y totalitarismos tienen espacios de continuidad que hacen que se requiera contar con posibilidades analíticas más amplias, capaces de detectar los eslabonamientos entre ellos. Sobre todo a la luz de los cambios que hemos enfrentado en los últimos años, donde liderazgos fuertes, persecución a los medios de comunicación y la búsqueda de permanencia de ciertos líderes en el poder, encarnándolo; han marcado el espacio político global.

La idea de generar un trabajo analítico conceptual fue abonar a la construcción de nuevas maneras de acercarnos a las disposiciones de los ciudadanos en torno a la política. Para ello, se eligió <<lo simbólico>> como un eslabón de apoyo, donde los significados y los significantes quedan interrelacionados para el desarrollo de abstracciones socialmente compartidas, pero fundados en los contextos específicos bajo los que adquieren coherencia y que sirven como fundamento del régimen. Gracias a esta dimensión, una de las corrientes de estudio de la cultura, la ideacional, y la conceptualización de lo político de Lefort, pudieron entrar en diálogo; haciendo que la cultura de lo político quedara definida como: el conjunto de los elementos que articulan significados y significantes, en

los que se funda el sistema de representación colectivo que permite la puesta en marcha de un modo singular de institución societal; y que es aprehendido de formas diferenciadas por los miembros de la comunidad.

Para poder estudiarla se propone fincar el trabajo en las tres categorías analíticas de Lefort; *la mise en forme*, *la mise en sens* y *la mise en scène*, vinculándolas con el análisis de la relación del gobernante con el lugar de poder, la concepción de los conflictos, la manera de construir la categoría de pueblo y la forma de generar relaciones en el espacio público; cuya comprensión requiere un análisis estructural, uno comprensivo y otro más de las representaciones concretas que se manifiestan en el espacio social. Y esto bajo el entendido de la imposibilidad de establecer una homogeneidad, sino tipos ideales siguiendo la línea de Weber.

La propuesta presentada es una invitación a la generación de trabajos empíricos que se interesen en la comprensión de las disposiciones de los ciudadanos sobre lo político, con el acento puesto en la posibilidad de percibir los cambios que dentro de los espacios sociales se van generando; y un día, poder entender, talvez, parte de los factores que apuntalan o minan la vida democrática, con la intención de cerrar de una vez por todas las puertas a los totalitarismos.

Referencias

- Almond, G., Verba, S. (1963) *The Civic Culture*. Princeton University Press.
- Colonna, P. (2011) La raison publique au miroir de l'un. Claude Lefort vs Rawls. *Revue du Mauss*. (1) 37, pp. 405- 418. Disponible en línea en: <https://www.cairn.info/revue-du-mauss-2011-1-page-405.htm>
- Enguix, B. (2012) *Cultura, culturas, antropología*. España: Universitat Oberta de Catalunya. Disponible en línea en: http://openaccess.uoc.edu/webapps/o2/bitstream/10609/62086/4/Teor%C3%ADa%20de%20la%20cultura_M%C3%B3dulo%20_Cultura%2C%20culturas%2C%20antropolog%C3%ADa.pdf
- Hernández, M., Coutiño, F. (2019) *Cultura política: una revisión de los distintos enfoques. Hacia la construcción de una propuesta conceptual*. En Hernández, M., Muñoz, A., Meixueiro, G. (2019) *Cultura política en México. El estado del arte y los desafíos de su estudio a nivel subnacional*. México: Universidad de Guanajuato, Sociedad Mexicana de Estudios Electorales, Instituto Estatal Electoral y de Participación Ciudadana de Oaxaca. Disponible en línea en: <https://somee.org.mx/Publicaciones/>
- Lacan, J. (1953) *Le symbolique, l'imaginaire et le réel*. Conferencia pronunciada en el Anfiteatro del Hospital Psiquiátrico de Sainte-Anne, París, el 8 de Julio de 1953, en ocasión de la primera reunión científica de la recientemente fundada Société Française de Psychanalyse. Disponible en línea en: <https://www.lacanterafreudiana.com.ar/2.5.1.4%20%20LO%20SIMB,%20LO%20IMAG%20Y%20LO%20REAL,%201953..pdf>
- Lefort, C. (1978) *Les formes de l'histoire*. Paris: Gallimard.
- (1981) *L'invention démocratique*. Paris: Fayard.
 - (1988) *¿Permanece lo teológico político?*. Hachette. Portatil.
- Llobera, J. R. (2009) *El Camp i el Mètode de l'Antropologia Social*. Barcelona: UOC.
- Schevisbiski, R. (2014) *Lo político y la política en Claude Lefort: aportes teóricos para una reflexión sobre la Democracia. Utopía y praxis Latinoamericana*. (19) 64, pp. 125-132. Disponible en línea en: <http://www.redalyc.org/pdf/279/27937087010.pdf>
- Sfez, L. (1978) *L'enfer et le Paradis. Critique de la théologie politique*. Paris: PUF.
- Taguena, J. (2019) *Introducción. Cultura política en México. Estudios a nivel subnacional, resultados y nuevas propuestas*. En Hernández, M., Muñoz, A., Meixueiro, G. (2019) *Cultura política en México. El estado del arte y los desafíos de su estudio a nivel subnacional*. México: Universidad de Guanajuato, Sociedad Mexicana de Estudios Electorales, Instituto Estatal Electoral y de Participación Ciudadana de Oaxaca. Disponible en línea en: <https://somee.org.mx/Publicaciones/>
- Veyne, P. (1983) *Les grecs ont-ils cru à leurs mythes? Essai sur l'imagination constituante*. Paris: Editions du Seuil.